

El Espejo

sus días, para venerar y admirar a esa persona a través de sus libros, cuyos temas recurrentes eran, por lo general, la eternidad, los laberintos, los tigres, el sueño, los espejos. Semanalmente recorría las principales librerías de la ciudad, para averiguar si había llegado un nuevo libro de "él" y, cuando lo encontraba, lo leía con avidez y con amor para luego colocarlo en una especie de rito sagrado, en el refugio secreto que su soledad había asignado al "elogio".

Asistí puntual a la cita y, gracias a las referencias que tenía apuntadas en una pequeña libreta, di fácilmente con la casa. Ésta representaba un aspecto de descuido y de dejadez (su dueña había vivido la mayor parte de los últimos años fuera del país), sin embargo, se destacaba la elegancia de su estilo victoriano inglés del siglo pasado. Ni bien toqué el timbre, la puerta se abrió sigilosamente y Espósito asomó su rostro enrojecido, invitándome a pasar con ademanes cargados de misterio. Entramos en una salita, cuya única ventana carecía de cortinas, en la cual, por todo mobiliario, se veían dos pequeños sillones forrados en pana verde y una mesa redonda en la que se destacaba un desairado florero vacío. Pero lo que realmente llamó mi atención, fue el gran espejo con marco dorado que colgaba de la pared, contrastando, en su magnífica belleza, con la sencillez de la habitación y de los muebles. Por un momento me miré en él: fue entonces que tuve la extraña sensación de que no era yo quien me estaba mirando, sino, por el contrario, que mi propia imagen (emancipada de alguna manera) me contemplaba con una mezcla de impavidez y de ironía.

Espósito me explicó que el motivo de su llamada era precisamente el espejo. Su tía Angelines, antes de morir, había recomendado que el mismo pasara a ser propiedad de su "sobrino predilecto", pues estaba segura de que en sus manos se conservaría intacto, tal como se había conservado a lo largo de trescientos años, en poder de la familia. En voz baja, mi amigo me relató algunos hechos y leyendas relacionados con el espejo y me dijo que, conocedor de mi gran afición por los espejos antiguos y sus historias, me dejaba en compañía del "más fascinante espejo del mundo". Luego se marchó rápidamente, perdiéndose en la noche.

El tenue rayo de luz lunar entraba por la ventana desnuda y se reflejaba en la superficie brumida del espejo. No había lámparas en la habitación y la única bombilla pendiente en el centro del cielo raso no funcionaba: por lo tanto, una penumbra suave envolvía todo el ambiente, permitiéndome ver los objetos pero de manera diferente a la habitual, ya que las sombras otorgaban a los muebles un aspecto irreal que los hacía aparecer como a seres animados dispuestos, en cualquier momento, a iniciar una danza macabra.

Los espejos y la tía Angelines. Recuerdo lo impresionada que quedé cuando ella me mostró unos apuntes que alcanzó a tomar en una oportunidad en la que "él" se había referido a los espejos. Algunos nombres: Cipriano de Valera, León Bloy, San Pablo; frases sueltas: "... al presente no vemos a Dios sino como en un espejo, y bajo imágenes oscuras; pero entonces le veremos cara a cara... los goces de este mundo serían los tormentos del infierno, vistos al revés en un espejo... no hay en la tierra un ser humano capaz de declarar quién es, con certidumbre... nadie sabe qué ha venido a hacer a este mundo, a qué corresponden sus actos, sus sentimientos, sus ideas, ni cuál es su nombre verdadero, su imperecedero nombre en el registro de la luz...". Angelines tratando de encontrar el "aleph" para conjugar sus sueños con los de "él".

Coloqué uno de los sillones delante del espejo y me senté dispuesta a pasar la noche a la expectativa de algún hecho que valiera la pena experimentar. No sé cuánto tiempo permanecí en la misma postu-



Todo lo relatado aquí, ocurrió en extrañas circunstancias y en un espacio en el que confluían varios factores que hicieron de él un privilegiado punto de conexión. El día en que se desarrollaron los hechos, o mejor dicho, la noche, fue la del 23 de junio. Mientras la gente se divertía encendiendo fogatas y bailando alrededor de ellas, yo aprovechaba de la magia de esa noche especial, para tratar de confirmar ciertas teorías (mías, por supuesto) acerca de los espejos.

El día anterior, recibí la llamada de mi amigo Espósito Aramayo Posadas, dueño de una casa de antigüedades, muy buen conocedor de las mismas y autor de un tratado titulado "Espejos y fantasmas en el Potosí del siglo XVII", que todavía no ha sido publicado debido, en gran parte, al empeño de mi amigo por completar sus investigaciones con algunos datos muy difíciles de obtener, ya que la mayoría de los testimonios que constituyen el hábeas central de su obra, han sido transmitidos oralmente, de padres a hijos, existiendo, por lo tanto, muy poca documentación al respecto. En su voz se notaba ansiedad reprimida y nerviosismo al citarme para la noche siguiente a las 11:00, en la casa de su tía Angelines Posadas, quien había fallecido en Buenos Aires, hacía tan sólo un mes.

La tía Angelines había sido una de las mujeres más fascinantes de su época, no sólo por su belleza, sino por su agudeza de ingenio y facilidad de palabra. Cuando la conocí era una venerable dama de ojos claros y piel apereginada y fue ella, precisamente, quien despertó en mí la curiosidad por los espejos. En sus continuas y prolongadas visitas a su prima Eunice, quien radicaba en Buenos Aires, Angelines se había enamorado de alguien "muy especial" que nunca reparó en ella, pero que logró impresionarla de tal manera que vivió, el resto de

ra: con los ojos fijos en mi imagen, sin moverme, la espalda muy erguida y las rodillas muy juntas. Creo que me dormí por un lapso muy breve, lo cierto es que, de pronto, oí una voz que provenía del fondo del espejo y que me llamaba con suavidad.

Inmediatamente, de un brinco, me levanté y pregunté muy asustada:

—¿Quién es?... ¿quién me llama?

Entonces la vi, era ella, la otra, la del lado opuesto del espejo. Me miraba con sus ojos gatunos brillantes; sus labios entreabiertos mostraban una hilera de dientes muy blancos que a la luz de la luna parecían fosforescentes y su cabello suelto enmarcaba la palidez de su anguloso rostro.

—No temas —me dijo— ¿Cómo puedes tenerte miedo a ti misma?

—No me temo, te temo a ti. Eres el misterio, la cara oculta de la luna, la parte escondida que no debe aparecer jamás —le dije temblando.

—Sí, efectivamente, yo soy la "otra", pero tú y yo formamos un solo ser, las dos somos consustanciales. Tú no quieres reconocer mi existencia, por eso me temes. Me has ocultado durante largos años: muy pocas veces nos hemos encontrado durante alguno de tus sueños y has despertado llorando...

—¡Vete! ¡Vete por favor! —le grité angustiada—. ¡No quiero verte!, ¡no quiero recordar que existes!

Sus ojos gatunos se encendieron, sus mejillas se cubrieron de rubor y, señalándome con el dedo, comenzó a reír a carcajadas. Su risa rebotaba en mi cerebro, era una risa atrevida, sarcástica, altisonante. Yo quería escapar pero no podía, estaba paralizada delante del espejo; quería mirar hacia otro lado para no verla, para ignorarla, pero mis ojos permanecían sujetos a sus ojos. Una atracción irresistible me empujaba hacia ella: me daba cuenta de que su imagen me atraía y me repelía a la vez. Su voz me recordaba la voz de mis devaneos por mundos oníricos: su risa era semejante al silencio de mi risa apagada en el laberinto de las pesadillas; la odiaba y la amaba. La temía, pero no quería apartarme de ella. Me fascinaban sus movimientos felinos que la hacían audaz, atrevida, insolente; sus manos ávidas de atrapar el mundo y de no soltarlo; su talle airoso, nudo desde el cual emergían sus caderas desenvueltas; sus labios húmedos; su piel de orquídea arrebatada por el jaguar de la última selva en primavera...

He vuelto a la casa de estilo victoriano, donde aún continúa el espejo. No deseo detenerme mucho rato pues me causa fastidio esa imagen de solterona puritana que se refleja en esa superficie brumida. Sólo he venido porque deseaba verlo por última vez ya que, probablemente, no regrese jamás... He logrado atrapar al mundo entre mis manos y quiero disfrutarlo en alguna lejana Babilonia.

Beatriz Loayza Millán.
La Paz, 1953. Poeta y narradora.
Primer premio de poesía de la Fundación
Givré, Argentina (1991)

*El texto ha sido tomado de
Revista Corresponsable N° 8*